

Admirable comentario es éste de las palabras de Ulpiano con que dí comienzo a mi lección, y aunque están escritas en un período rotundo, como se estilaba en aquellos tiempos, no dejan por cierto de contener profundas verdades que gustoso someto a vuestra meditación en la seguridad de que ellas contribuirán a formar a quienes mañana van a ser honra y honor del foro colombiano.

### Ricardo Carrasquilla

Nada más sencillo que escribir la biografía de un hombre, cuando el narrador ha amado y estimado profundamente a este hombre; cuando con éste ha identificado aquél mucho de su sentimiento y pensamiento, mucho de su propia existencia; cuando le debe indestructible gratitud por algún inapreciable beneficio y un cariño siempre cordial; y, en fin, cuando la vida del hombre a quien se consagran los recuerdos ha sido transparente, y en su transparencia se ha mostrado dulce, puro y fecundo. Así la biografía de Ricardo Carrasquilla es para mí, por el hombre mismo, de fácil desempeño.

Solamente tropiezo con dos dificultades: la circunstancia de haber escrito el boceto biográfico de Carrasquilla, cuando él vivía para honra y bien de Colombia y dicha de sus amigos; y el hondísimo dolor que siento al pensar que ya no existe el noble objeto de mis homenajes,—dolor que me nubla los ojos y me hace comprender, una vez más, hasta dónde llega en las almas sensibles la desolación que causa la ausencia de un buen amigo que nos deja por buscar a Dios.....

Si un hombre tan *entero*, tan de una sola pieza y sin coyunturas de carácter, como lo fue Carrasquilla, no tuvo, no pudo tener dos vidas distintas, sino una sola, desde la

infancia hasta el sepulcro, difícil es, por no decir imposible, duplicarle su biografía. Lo que una vez se dijo de él, si acertó a estar en su punto y razón, hay que repetirlo y mantenerlo; y, a lo sumo, si algo de lo escrito se puede modificar, será la forma solamente, o añadir rasgos o incidentes antes omitidos.

Yo escribí en 1878 el boceto biográfico de Carrasquilla; lo escribí para hacerle justicia y por contentar mi corazón, a riesgo de lastimarle su evangélica humildad; y a fe que sólo él se sorprendió al saber que su vida era asunto de unas páginas inspiradas, más que por el amor del amigo, por un piadoso sentimiento de admiración y respeto. Desde noviembre del último año, Alberto Urdaneta,—el generoso artista glorificador de vivos y muertos,—me pidió, para su interesante periódico, una biografía del mismo personaje. ¿A qué repetirme, con apariencias de novedad, si el personaje no había variado un ápice como tipo, como carácter, como ingenio ni como virtud viviente, bien que en el transcurso de ocho años había acrecentado el caudal de sus merecimientos (único que tuvo), adelantando en su camino hacia Dios, y juntando unas cuantas canas más, en desquite de otras tantas ilusiones perdidas?.....

Por eso, al escribir, me dije:—«Me limitaré a lo razonable; retocaré simplemente el retrato, dejándole todo su colorido y sus primitivos lineamientos, y añadiré solamente algunas pinceladas que den a ciertos rasgos mayor relieve y expresión más dulce». Y así lo hice en breve. ¡Quién me dijera entonces que, muy pocos días después, había de retocar de nuevo mi bien intencionado escrito; mas no ya con la sonrisa del amor en los labios, considerando los rasgos palpitantes del original, sino con llanto en los ojos, mirándolo a través del velo de la muerte! ¡Que había de cambiar todo el lenguaje relativo a una gloria presente, por el de los tristes recuerdos de una vida que perteneciese a la justicia de la historia!.....

## I

Corpulento, sólidamente plantado, y de contextura en apariencia poderosa, aun en su edad madura, Ricardo Carrasquilla tenía mucho del majestuoso roble de nuestras montañas: cuerpo levantado y de noble aspecto, fuerte para resistir los huracanes de la vida, que jamás le abrieron, frondoso como pocos, por la abundancia de cabellos y barba de negra tinta; y la madera, resistente, propia para grandes construcciones, durable, incorruptible, no obstante las injurias del tiempo y de las intemperies.

Y si así eran la talla y la estructura en general; tenía el aspecto bíblico, patriarcal; el andar franco, resuelto, un tanto acompasado, como de hombre que camina por sendero limpio, lleno de confianza y con la frente levantada hacia el cielo; la apariencia de una severidad que imponía y no se abría fácilmente a la cordialidad, pero realmente el candor de un niño, la ingenuidad de un apóstol, y una mansedumbre de alma que se manifestaba con cierta brevedad y aspereza de lenguaje; infinita dulzura en la mirada, que no se compadecía con la bronquedad de la voz y la melancólica rigidez del semblante; mucho de religioso, de cristiano y tristemente poético en la expresión, y una espontaneidad de colegial en la risa y las carcajadas; en el alma, la eterna placidez de la fe, unida a la conformidad de Job; en la mente, el espíritu investigador del filósofo, el golpe de vista del crítico meramente sintético, y la retozona lozania del poeta festivo; y en el corazón, un poema perpetuo, por el estilo de la *Imitación de Cristo*, un tesoro de esperanza en el bien, y otro de patriotismo sin ostentación. ¡Tal fue siempre Ricardo Carrasquilla!

Muchas veces le encontré por las calles, yendo a paso largo, saludando a pocos, como ocultándose entre la muchedumbre, aunque siempre sobresalía, y llevando sobre el hombro derecho su bastón o su paraguas. Parecía que iba con el propósito de dar de palos a la gente, y llevando

a Dios o a la Patria en el pensamiento. ¿Por qué andaba de aquel modo? Por instinto: sin caer en la cuenta, remedaba la Cruz, y su propia cruz, con el bastón echado sobre el hombro....

Sus bronquios y pulmones eran poderosos, y su voz, profunda y como cavernosa, parecía propia para imponer respeto a los niños insubordinados o resonar en los templos. Pero con los pulmones resonantes y la voz bronca, palpitaba un corazón que era todo dulzura, piedad y caridad, que jamás conoció la cólera, ni el odio, ni la envidia. Su alma era un cielo sin nubes, con eternas auroras.

## II

Este hombre de bien nació, por ministerio de la patria y del honor, miembro de la más alta nobleza de Colombia. Pertenece, por su sangre y por afinidad, a la aristocracia del SACRIFICIO: la de los hombres de alma grande y levantado carácter que fundaron para sus descendientes, que nó, para ellos, una patria libre. Entre los mayores de Carrasquilla todo fue noble y verdaderamente grande; porque en la lista se contaron el gigantesco Antonio Nariño, José María Ortega, Francisco de P. Vélez y Pedro Rivera de Carrasquilla. ¿Qué genealogía para un filósofo cristiano, un poeta patriota y un institutor republicano! Del heroísmo y la virtud de viejos patricios habían de nacer piedad, luz y abnegación.

Don José Vicente Ortega firma el acta de independencia el 20 de julio, y es el esposo de doña Benita Nariño, hermana del grande hombre, del revolucionario heroico, del mártir de Ceuta y Cartagena y la Carraca, del sublime prisionero de Pasto, del filósofo moribundo de Villa de Leiva; y de los nueve hijos que recibieron bautismo de Dios y de la Patria, de aquella ilustre prosapia, José María fue después el héroe juvenil de Valencia, el general Ortega, el guerrero piadoso y espiritual; doña Francisca

fue la esposa de un Bayardo humilde: del intrépido, incorruptible general Vélez; Mariano fue leal soldado de la independencia, y habilísimo relojero; doña Cecilia casó con don Ramón Lago, y doña Carmen con don Lorenzo Ley, ambos veteranos de la patria; y doña Cruz tuvo por esposo al coronel don Pedro Rivera de Carrasquilla, el cual sentó plaza de soldado el 20 de julio de 1810, fue de los vencedores beneméritos, sucumbió en Cartagena, víctima del cólera, en 1849, sirviendo como jefe de estado mayor de la división del Atlántico, y dejó a su viuda y su hijo por toda herencia.... gloria y miseria.

De don Tomás Rivera de Carrasquilla y Monje y doña Josefa Rivera de Carrasquilla y Sanmiguel, nació el honrado coronel, y de éste y doña Cruz Ortega nació Ricardo, el 23 de agosto de 1827, en la ciudad de Quibdó, donde, a la sazón, residía el digno veterano como gobernador de la provincia del Chocó. «Tierra es aquella (dije en otra ocasión) de grandiosas y opulentas selvas, bajo cuya sombra chorrean el oro y el platino, con imponderable abundancia, entre las arenas de los torrentes y ríos; y como es ley de la naturaleza que cada hombre lleve en su sér algo o mucho de su tierra natal, «seguramente de allí sacó Carrasquilla, bajo un exterior que tenía no sé qué de selvático y aparentemente bravío, un corazón de oro de mejores quilates que puede caber en el crisol de humano cuerpo, y una conciencia de platino, es decir, incontrastable y a prueba de fuego y de reactivos disolventes».

Un día, muerto su padre, Ricardo, que en su niñez fue traído a Bogotá, se halló en el mundo sin más riqueza que su santa madre, ni más amparo que la Providencia. «obre como un hijo de Job, tenía por toda fortuna un tesoro invisible y latente, desconocido para él mismo: un gran talento; y sabía únicamente dos cosas: amar a su madre y rezar; lo que venía siendo una misma cosa, puesto que en la Cruz amaba al propio tiempo a Jesucristo y

a su madre». Los años corrieron, y Ricardo se quedó con las tres mañas: amar mucho, y santa y tiernamente, rezar como buen cristiano, y vivir pobre.... Verdad es que, con el tiempo, abrió la mina donde tenía oculto su tesoro, y que ella le sirvió.... para hacer amable el talento y enriquecer con enseñanzas benéficas el alma de muchos miembros de dos generaciones.

¿Cómo se abrió camino en el mundo, y qué carrera hizo? ¡Cosa admirable entre las incontables maravillas de Dios! EL ha querido que quien nada tiene pueda dar mucho; que aquel que no puede dar de comer al hambriento, porque antes bien pertenece al número de los necesitados, pueda enseñar al que no sabe y consolar al triste... Cuando Ricardo tenía diez y seis años, era escribiente-portero de la Dirección de Diezmos, y el modestísimo sueldo que se ganaba le servía para ayudar a su madre a mantenerse. En 1849 era ya oficial-escribiente del ministerio de lo Interior; «pero un día, al distribuirse de nuevo los empleos, con motivo del cambio de gobierno, Ricardo, aun siendo hijo, nieto y sobrino de tantos ilustres próceres y soldados de la independencia, fue puesto a un lado; con lo que concluyó su *carrera pública*, quedando con ración de hambre.... Con todo, si para sostener a su madre y dos hermanas había sido menguadísimo recurso un sueldo de veinte pesos, después de perderlo, Ricardo quedaba amparado por la mayor de las riquezas: la misericordia de Dios. Por eso, aun habiendo podido aprender muy poco, por escasez de recursos, abrió una escuela de primeras letras y se puso a enseñar. Casi todo lo que supo, que no fue poco, lo aprendió enseñando; discípulo de Dios y de sí mismo, fue maestro de millares de alumnos, guiado por la ciencia suprema: la de la fe, que todo lo alcanza. Así, en su escuela enseñó lo que sabía: enseñó lo que era Dios; y aprendió lo que más importa aprender en la tierra: la ciencia y el arte de *sufrir, esperar y pensar*».

## III

Por los años de 1851 a 1852, Carrasquilla, hecho ya hombre, dio con los hermanos Ortices, don Juan Francisco y don José Joaquín,— dos hijos de un prócer de la patria, poetas y escritores eximios,—que fundaron un colegio denominado «Instituto de Cristo», y le asociaron a sus trabajos en la doble calidad de pasante y catedrático. En breve descolló, «poniendo de manifiesto, casi sin quererlo, sus cuatro eminentes facultades mentales, a saber: el talento particular de enseñar con lucidez y método, con abnegación y paciencia, el talento filosófico, el talento poético y el de la oratoria. Desde entonces el joven chocono se fue abriendo camino: lentamente fue desgarrando las nieblas que lo ocultaban en la oscuridad; fue captándose la estimación y el respeto de cuantos le conocían, y a más de ganarse fama de poeta ingenioso y festivo, creó su *especialidad* como ciudadano: la de profesor insigne o propagador de luz, pero de luz purísima y fecunda. Su único oficio, durante nueve lustros, fue formar y educar conciencias y disciplinar entendimientos, como un profesor de gimnasia intelectual».

Cuando el instituto de los Ortices quedó disuelto,— porque en Colombia los colegios particulares son tan efímeros, por lo común, como las fortunas, las carreras, los periódicos, los gobiernos y las reputaciones,—Carrasquilla fundó, con don Ignacio Gutiérrez Vergara, ilustre ciudadano, el «Liceo de la Infancia»; colegio que sostuvo hasta poco há, durante cerca de cuarenta años, primero en Bogotá, después en Nemocón, y otra vez en nuestra capital. De aquel instituto salieron jóvenes singularmente distinguidos, que honran a Colombia, y que al presente son gala del clero, del mundo literario y científico, del foro y del profesorado. No hay padre de familia que no haya queda-

do satisfecho de los ejemplos y enseñanzas de aquel inteligente, honrado y asiduo institutor.

Y en verdad que su método de educación y enseñanza jamás fue rutinario. Estableció el sistema de la corrección recíproca de los alumnos en las clases, de los estudios orales y objetivos, de la «Legión de honor», como estímulo para la aplicación y buena conducta, de los juegos gimnásticos para el saludable entretenimiento de los niños, y de las distribuciones de premios, fundados en estricta justicia, para asegurar a cada discípulo la merecida recompensa. A mayor abundamiento, sustituyó por completo las penas de dolor con las morales, que son complemento de las recompensas de esta clase.

«Carrasquilla fue quien comenzó a introducir en Bogotá una sabia revolución en la enseñanza, pues primero que nadie planteó el método de la gimnasia intelectual, que tan poderosamente desarrolla entre los niños una saludable emulación, les pone en plena actividad las facultades mentales,—particularmente las de atención, crítica, imitación y creación,—y les vuelve aptos para adquirir rápidamente todos los conocimientos y aplicar el raciocinio a toda dificultad que surge del estudio. En el colegio de Carrasquilla nunca hubo textos de aprendizaje que los alumnos debieran consignar a la memoria, sino un conjunto de evoluciones intelectuales, por cuyo medio se transmitían las nociones, se aguzaba la inteligencia, se elevaba la imaginación, se daba a la memoria dirección acertada y provechosa, y se formaba, ilustraba y engrandecía la conciencia». Así Carrasquilla, si con sus virtudes se ganó la estimación de sus conciudadanos, y la paz y el contento de los justos en su pobre pero respetable hogar, con los eminentes servicios hechos a la patria en el profesorado se mereció un puesto de primer orden en la galería de nuestros institutores insignes, en cuyo número ha contado Bogotá a Esquiaqui, Torres y Triana, Becerra,

Arroyo y Groot, a Lleras, González y Belver, a los Ortices, Gutiérrez Celis y los Pérez, a Marroquín, Posse Martínez, Montenegro, Sandino Groot, Rueda, Gómez y los Guzmanes, y a tantos otros que han sido o son honra del eminente gremio de los institutores.

Muchos conocieron a Carrasquilla en Colombia, principalmente por sus enseñanzas y sus *Coplas*, bien que nunca salió de Bogotá a más de quince leguas a la redonda; pero «pocos lo conocieron de cerca o en la intimidad, porque era sobradamente humilde, adusto en apariencia, y vivía como retraído de casi todo lo que no fuera su hogar o su colegio, confundidos para él como si formasen una sola familia». Era hombre de grave continente, sencillo en todos sus gustos, digno en su pobreza, sobrio y mesurado en todo, austero en sus costumbres, infantil en su ternura conyugal, purísimo en sus pensamientos, palabras y obras, profunda e incontrastablemente religioso, noble y caballero en todo. No era de aquellos hombres que halagan con la fisonomía, el gesto o la palabra, ni que desde el primer momento se ganan la simpatía de las gentes; no era simpático, sino respetable y estimable; en vez de afabilidad, mostraba siempre la entereza de la rectitud. No había en su semblante, lleno y apacible, «un rasgo que no indicase lucidez de inteligencia, vigor y entereza de voluntad, nobleza de sentimiento, seriedad de criterio, espiritualismo profundo, santidad de alma, caridad y fe apostólicas y tranquilidad de conciencia. Sus facciones no eran finas ni aristocráticas, pero sí expresivas y nobles, y tenían todo el sello de la ingenuidad y la franqueza. Tenía la frente enorme, llena de protuberancias elocuentes, donde había espacio para que se revelaran numerosos talentos». Ninguna voz era más propia que la suya, de bajo profundo, para pronunciar con majestuoso acento las palabras Dios y Patria, que contiene toda la grandeza y santidad de la vida.

«Oí muchas veces a Carrasquilla, en reuniones íntimas,

ya disertando sencillamente sobre moral y religión, ya improvisando agudas coplas o imitaciones de romances históricos o caballerescos, ora recitando o leyendo con suma gravedad letrillas retozonas y otras composiciones líricas. En el primer caso, su actitud y acento eran como de apóstol, con entonaciones que hacían pensar en San Pablo, o San Agustín, o los grandes místicos de la Edad Media; en el segundo, su voz parecía resonar bajo el artesonado techo de un salón de castillo feudal, y tenía inflexiones que movían a recordar las proezas del Cid Campeador, de Roldán y de los caballeros cruzados; pero cuando recitaba sus letrillas o coplas, llenas de sal y de inofensiva pero profunda sátira, al propio tiempo que hacía reír con espontaneidad, obligaba a considerar que en una copla imaginada con talento y gracia puede encerrarse todo un tratado de crítica y de filosofía moral».

Y a propósito de filosofía, bueno es hacer notar en qué consistía principalmente la ilustración de Carrasquilla. Seguramente poseía con solidez todos los conocimientos de gramática, moral, psicología, estética, matemáticas, retórica, geografía, historia, etc., que son propios de un profesor y un literato; pero su fuerte era la filosofía, y principalmente los ramos de la teodicea y la ética, sobre los cuales discurría siempre con mucha propiedad y fuerza. Y, como pocas veces acontece, Carrasquilla, al par que teórico, era filósofo práctico: teórico, por la seguridad y lógica de las nociones y los razonamientos; práctico, por la severidad cristiana con que esperaba en Dios, practicaba la virtud, sobrellevaba resignado las pruebas y contrariedades de la vida, y miraba a todos los hombres con benevolencia, sin aguardar por eso de los más gran cosa para el bien. «Dios era su ciencia, el DEBER su ley suprema y su programa, y de estos principios, más que de los libros, lo sacaba y deducía todo. La lógica, que tenía en su mente toda la rigidez de lo matemático, le abría el camino y

le llevaba derecho a la verdad; parecía tener el alma y el olfato de lo cierto y lo bueno, y el tacto de lo bello; y su criterio, que era singularmente certero, y sencillo como la línea recta, analizaba los hechos y las opiniones con una especie de precisión anatómica».

Con todo, tenía momentos de pasión, de engreimiento cariñoso en favor de alguien o de algo, y entonces se excedía en el elogio; tomando por perfecto o mejor en el asunto aquello que más le halagaba por el momento sus querencias benévolas, o su entusiasmo patriótico, o su sentimiento de lo bello. Vivía siempre contribuyendo con su cariño y su palabra a formar la reputación de los hombres en quienes hallaba talento y nobleza de alma, y tomaba tan a pechos la tarea, que sus panegíricos acababan por alucinarle un tanto, salvo lo que para después le reservase el desengaño. Pero así y todo vivía contento, por que era de la raza de los que preferimos sufrir frecuentemente desengaños, antes que vivir desconfiando de la bondad y sinceridad ajenas.

Carrasquilla no fue hombre político, ni jamás figuró en la política militante. Aunque tenía temperamento para mártir, o cuando menos víctima, instintivamente comprendía los peligros que corren siempre la probidad y la dignidad del carácter, en medio de las borrascas y miserias de los partidos. Y con todo, nadie veía más claro que él al través de las tinieblas de que el espíritu de partido rodea las verdades morales y políticas. ¿De qué provenía esta *clarividencia* o visión clara? De que no conocía el odio, ni la envidia, ni la ambición, ni la soberbia ni otras pasiones feroces que obcecán el entendimiento; y de que, no procediendo jamás por *interés*, podía en todo caso aplicar su regla de criterio que era el principio moral. Para él no había verdad, ni belleza, ni fuerza, ni fecundidad, ni vida, donde no había moralidad; y ningún espe-

jismo era parte a deslumbrarle, ni había sofisma que le extraviase, ni falsa seducción que le fascinase.

Era ardiente adversario del utilitarismo, pero adversario de una pieza, sin casuismo ni reservaciones de sectario. Hombres hay que combaten con muchos argumentos el utilitarismo, y claman contra la doctrina del interés, pero proceden como utilitaristas cuando piensan que así puede convenir a su causa; y tienen bastante elasticidad moral para contemporizar con graves faltas, y aun con el delito, porque *así conviene*, según *las circunstancias*. Carrasquilla no admitía este casuismo: el deber era siempre su regla, y las circunstancias un sofisma.

#### IV

Para dar completa idea del espíritu de Carrasquilla, enteramente sintético, y que reducía toda la ciencia humana a un corto número de verdades, añadiré que él tenía la facultad de condensar una gran suma de pensamiento en muy pocas palabras, frecuentemente en breves silogismos. Quien no le conociese a fondo le tendría por perezoso para escribir, por cuanto escribía poco y era un *santafereño* de raza y adopción. No; no era precisamente perezoso, como él mismo se calificaba, sino que, por una parte, siempre tenía miedo de no acertar con la buena forma, y por otra, pudiendo decir mucho en cuatro palabras,—que trazaba con magnífica letra en muy apartados renglones,—no sentía la necesidad de extenderse ni entrar en prolijas explicaciones. «Su laconismo era constitutivo; aun en sus coplas hay algo de Keimpis, porque cada verso contiene una verdad completa. Lo que otros, menos afortunados o más analíticos, decimos en dos o tres estrofas, él lo decía, y muy bien, en una cuarteta o una redondilla. Sus redondillas no admitían el diminutivo, porque eran *redondas*, y sus cuartetos tenían la plenitud del cuadrado».

«Y luégo ¡qué aptitud para inocular sencilla y dulcemente la verdad! Carrasquilla tenía el dón de inducirlo a úno a meditar, con diez minutos de conversación, más que un libro entero. La verdad le brotaba de los labios con la persuasiva unción propia de quien se siente animado de incontrastables convicciones, y de quien tiene la autoridad de la virtud, humilde pero inflexiblemente practicada». En tiempos en que yo era cristiano puramente platónico, mejor dicho, incrédulo, jamás argumentación alguna penetró tan hondamente en mi alma, como las que me hizo Carrasquilla; eran penetrantes, cuando no contundentes.

Había en él un aspecto que no era generalmente conocido, bien que en certámenes, conferencias, retiros espirituales y diversas reuniones lo hubiese patentizado, sin quererlo; y ese aspecto era el del orador. Para la oratoria tenía aptitudes de primer orden: como pensador y razonador, por la solidez de las ideas, por la convicción que dictaba y animaba su lenguaje, y por la firmeza y lógica con que desenvolvía sus pensamientos; y como artista, por la actitud noble y resuelta, por la voz solemne y llena de sonoridad, por la oportunidad de las expresiones, y por la abundancia de elocución y el tino para distribuir los pensamientos en el discurso. «Tenía la estatura, el gesto, el acento, la fisonomía, la propiedad, la facilidad, el dominio de sí mismo y la sinceridad de sentimiento de los grandes oradores; y sólo le faltaron la pasión política, la entera confianza en sí mismo y en el auditorio», y un teatro que no podía presentársele entre las bancas de su colegio o de católicos silenciosamente congregados para el recogimiento religioso.

Carrasquilla, casi escondido para el mundo literario, en su «Liceo de la Infancia», no comenzó a figurar como hombre de ingenio sino de 1856 a 1857, exhibiéndose como uno de los miembros del *Liceo Granadino*, donde llamó la atención por la gracia retozona de sus letrillas,

que desde un principio tuvieron sabor muy *bretoniano*, que se decía, aludiendo al insigne poeta español Bretón de los Herreros. Andando el tiempo, alcanzó puesto notabilísimo entre los literatos colombianos de la generación nacida entre 1825 y 1835; y fue siempre uno de los hombres predilectos, por sus nobilísimas cualidades en las reuniones que solían tener los amigos de las letras, ya en públicas asambleas literarias, ya en los memorables *Mosaicos* íntimos en que con frecuencia se juntaba la flor de nuestros literatos.

Como improvisador en verso, pocos rivalizaban o superaban a Carrasquilla en Bogotá, ora fuese de palabra o por escrito: hallaba con suma facilidad la buena rima o la sonora asonancia; era oportuno, espontáneo y festivo a fuer de buen *santafereño* por educación, y nunca le faltaba la agudeza de ingenio. Cosa particular era la mezcla que había en él de melancolía aparente y buen humor y chiste característicos. Tanto era así, que, dado siempre a lo inocentemente burlesco y festivo, con frecuencia comenzaba sus composiciones en tono serio, y las remataba con chistes, o en el momento de lo más patético daba en la jocosidad y la agudeza más juguetonas.

Aquel hombre, que parecía tan grave y serio, por su rostro de apóstol, y que lleva en el semblante el sello de la melancolía, no se hallaba en su elemento cuando en torno suyo reinaban la seriedad y la tristeza. Muchas veces le ví, en reuniones íntimas, hacer mil graciosas colegialadas, divertir y divertirse con infantil alegría, disfrazarse, hacer papeles muy cómicos en representaciones de salón, gozarse con juegos de prendas, charadas y acertijos, y aguzar el ingenio en chistosas combinaciones de sorpresas. En su alma de niño y de hombre honrado había siempre un gran fondo de gozo y alegría; y, sin embargo, era tan humilde, que no creía valer nada, y no sos-

pechaba siquiera cuán grande era el número de sus amigos y admiradores.

En cuanto a sus obras literarias, fueron pocas, pero de incuestionable mérito. Su timidez invencible y su pobreza le contenían para escribir, pudiendo haber sido muy fecundo; pero a falta de escritos propios que se abstenia de desarrollar, imaginaba muchas cosas felices y las sugería a otros, dándoles temas excelentes para que los desempeñasen. Así, no pocas ideas de Carrasquilla han salido a luz, en prosa o en verso, prohijadas por otros hombres de talento. Tres fueron las más notables obras de Carrasquilla: sus *Coplas* (dos ediciones distintas), sus *Sofismas anticatólicos*, y sus *Problemas para los niños*; y trabajo costó para que las coleccionara, ora porque su pobreza no le permitía publicarlas a sus expensas, como acostumbramos hacerlo en Colombia los escritores, por necesidad; ora porque nada le inspiraba más miedo, por él y por sus amigos, que las colecciones. Decía siempre que las colecciones de poesías, artículos, piezas dramáticas y discursos eran el escollo de los poetas, escritores y oradores, porque de ordinario, en obsequio de la abundancia y variedad, se recargaban tales colecciones con muchas piezas de mérito inferior, que las afeaban. Sobrada razón tenían.

¿Quién no conoce las *Coplas* de Ricardo Carrasquilla, llenas de originalidad, soltura y donaire, picantes sin veneno, chistosas sin vulgaridad, festivas sin llegar a ser picarescas, hábilmente salpimentadas, conceptuosas por su filosofía bonachona, y que siempre hacen reír sin levantar ampollas? Sus *Ecós de los zarzos* tienen todo el sabor de la sátira histórica, mucho de fotografía de nuestros partidos y nuestras contiendas civiles, y la zumba ingeniosa del hombre que sabe tener talento para ser *victima* con gracia y burlarse de los victimarios, sin devolverles agravio por agravio ni herida por herida; y en sus demás composiciones brillan, con las bellezas del arte y las galas del

buen decir, un culto ardiente por la patria, un profundo sentimiento de religión, verdad y justicia, y una cándida alegría reveladora del contento del alma.

Los *Sofismas anticatólicos* fueron obra de un contendor de la fe, armado de filosofía moral; propios para destruir o combatir errores, inculcando con cierto laconismo, pero con vigor de razonamiento, verdades que convenían y convienen mucho a nuestra juventud, que fácilmente se alucina con los sofismas de la incredulidad, deslizados con artificio en la literatura francesa y en los escritos de una falsa filosofía.

Por lo tocante a los *Problemas para los niños*, la obra tenía por objeto la enseñanza fácil y simpática de muchas nociones elementales, principalmente de aritmética, presentadas en una forma amena, propia para impresionar agradablemente a la infancia. Obras de este linaje son siempre de mucha utilidad, y Carrasquilla, como que era institutor eximio, lo comprendía mejor que nadie.

## V

Rara vez se amalgaman tan íntimamente en un hombre, cual se amalgamaron en Carrasquilla, la suprema modestia, llevada hasta la humildad de un cristiano antiguo, y el mérito eminente, no conocido por él mismo, sino estimado por los demás. «Sí; Carrasquilla, que era amantísimo padre y leal esposo y amigo, era, sobre todo, CATÓLICO y PATRIOTA, amante de las glorias de su RAZA y su LENGUA, y, por lo mismo, esencialmente justo y generoso. La idea de la justicia era su alimento moral, su fuerza y el elemento de su organización y de su tipo. Si hubo de figurar como poeta, nunca pensó en brillar; componía, porque su ingenio le obligaba a ello, pero lo hacía en sus ratos de ocio y como por travesura. Su gran preocupación y grande ocupación era enseñar, porque con esto creía

servir a Dios y a la Patria. Nada le parecía más bello y dulce que cultivar almas y sembrar verdades en ellas, para obtener cosecha de virtudes. Era un apóstol, un sacerdote de la luz; y el mejor reflejo de su alma ha quedado en su hijo mayor, el sacerdote, el presbítero Carrasquilla, santo joven de preciosas dotes, que ya es honor y gloria de la Iglesia colombiana.

Solamente dos distinciones bien notables fueron discernidas a Carrasquilla en el curso de su laboriosa existencia, y ambas muy merecidas. Fue la primera, el nombramiento de miembro correspondiente suyo que le hizo, há cosa de cinco años, la Academia Colombiana; con lo que ella premió al propio tiempo al institutor insigne y al poeta ingenioso y ameno. Fue la segunda, la designación que en el último año le hizo el Gobierno para el empleo de bibliotecario nacional. Allí estaba Carrasquilla en su elemento de hombre maduro y pensador austero, en medio de los libros; y al cabo de cuarenta y cinco años de lucha con las amarguras y dificultades de la vida, comenzaba a trabajar con algún reposo, con una modesta subsistencia asegurada, sin tener que matarse con la enseñanza que había minado completamente su salud.

Pero ¡ay! tal parece como si Dios le hubiera dicho: «¿Qué más reposo quieres que el del sepulcro para tu cuerpo, y el del cielo para tu alma? Durante toda tu vida has ganado tu salario de espinas, pero también te has merecido tu recompensa en mi gloria. No solicites el reposo en la tierra; vén a mis brazos, que harto probada está tu inquebrantable virtud ... Duérmete ya tranquilamente; pero no para llorar después, sino para despertar en mi infinito reino» ...

Y Ricardo, el noble y santo Ricardo, se fue a celebrar su última Pascua de Navidad junto con el Hijo de Dios, a quien amó y sirvió como los justos! (1). No le fue dado

(1) Falleció en Bogotá, en la tarde del 24 de diciembre de 1886.

vivir por largo tiempo entre los libros de la Biblioteca, como en un segundo hogar, ni sonreír tranquilamente a su familia y sus amigos en la serenidad de la vejez; pero la muerte le halló preparado, como lo estuvo siempre, para oír el llamamiento del PADRE, y en sus brazos se reclinó para devolverle su espíritu, con la calma y dulzura que son la fuerza de los justos ...

¿Qué opinión habrá de formular, delante del sepulcro de aquel hombre, la posteridad? Mejor dicho: ¿Murió con títulos para que le llamemos hoy *grande hombre*? Yo no quiero lastimar la modestia del amigo, ni en la soledad de la tumba; pero si amé profundamente al amigo, en vida, tengo deberes, como escritor y como parte de la posteridad, respecto del compatriota. Diré ingenuamente mi parecer sobre lo que es la grandeza, y los que Jean estas líneas harán, si quieren, la aplicación al caso.

En los tiempos que corren, nada está más pervertido que la idea de la grandeza. La doctrina del interés, ropaje con que se disimula el anhelo del goce, del deleite sensual, ha hecho modificar miserablemente la noción cristiana del bien, que es inconcebible sin el deber y la justicia, a menos de envilecer la humanidad. Ya sea por causa de la obcecación que produce el progreso material, ya por influjo de una filosofía materialista que se aleja de Dios por dar culto a una falsa o mal entendida ciencia; ya, en fin, por la tempestuosa dirección que las guerras civiles han dado a nuestra democracia; es lo cierto que nuestra sociedad de hoy se diferencia profundamente de aquella que, con admirable candor de ingenuidad e incomparable virtud de fe y abnegación, se sacrificó por fundar la patria colombiana.

Los hombres del presente, con rarísimas excepciones, ni tienen fe en los demás hombres ni en cosa alguna, ni lo que es más triste, la tienen siquiera en sí mismos, esto es, en su deber, su derecho, y su destino en la tierra.

Las nuevas generaciones no tienen verdadera juventud: nacen viejas, porque carecen de sana alegría, no se fortalecen con la esperanza, ni comprenden la caridad, ni saben que el patriotismo es religión, ni están convencidas de que el trabajo y el dolor contienen un gran caudal de dignidad y fuerza.

De 1810 a 1830 el nivel de los conocimientos era reducido en extensión, al menos era alto y firme. Había solidez y profundidad. Al presente, se ha ganado mucho en extensión, pero ésta es generalmente superficial, y la ciencia es desdeñada, en realidad, por los que más la invocan. La idea del sacrificio, y el deber del desinterés, eran inseparables de la necesidad de la lucha, para los hombres que, esperando, amando y muriendo con entereza, nos enseñaron a ser republicanos. Aquellos hombres fueron grandes, porque la grandeza estaba en su educación, su temperamento y sus ideas, y supieron hacerla refluir sobre el teatro en que figuraron. El teatro era socialmente pequeño, y ellos, con su virtud, lo engrandecieron.

Yo torno la vista alrededor, busco por todas partes la grandeza en lo contemporáneo, y no la hallo ni en las pasiones ni en los acontecimientos. ¿Por qué? Porque la primera condición de grandeza ha de estar siempre en los caracteres. Por mi sé decir que, cuando lloro la muerte de algún hombre notable, es por un carácter que desaparece. En breve . . . escaso motivo habrá para llorar!

Ricardo Carrasquilla fue, por herencia, por temperamento y por su educación, hecha en la suma pobreza, un gran carácter; conoció la terrible ciencia del dolor, que forma las almas de poderoso temple; vivió por Dios y para Dios, practicando la religión del deber; amó mucho, y jamás supo aborrecer; pensó mucho, y sus pensamientos fueron fecundos; tuvo el alma llena de caridad, y vivió enseñando humildemente para dar limosna de luz a todas horas; sufrió como en un calvario, y nunca se quejó

de su suerte; y si a las veces el dolor le arrancaba lágrimas, las convertía en sonrisas con el gozo de ser bueno, que siempre le alegraba el corazón . . .

Yo no sé si este hombre admirable parecerá grande a los demás hombres; pero sí sé con íntima seguridad que Dios le ha coronado con guirnalda de eterna gloria.

JOSÉ M. SAMPER

Bogotá, febrero 7 de 1887.

(Del *Papel periódico ilustrado*, número 107).

